

El Doctor Varona, la eludió de nuevo en esta forma:

—Usted debe decir lo que sienta y lo que sepa, y nada más. Podrá usted equivocarse pero obra con honradez. Dígalo todo con arreglo a lo que su conciencia le dicte.

Por última vez dijimos al Doctor:

—Maestro: cuando nosotros estudiamos y queremos resolver algún problema social, político o religioso, después de tenerlo cuajado en nuestra mente, consultamos con los maestros que en los anaqueles de mi librería viven la vida de los inmortales, porque nos place ver si expon-táneamente convienen en nues-tro criterio los que pensaran en épocas preteritas sobre el asun-to que a nosotros domina ¿có-mo pues, teniendo yo delante al maestro venerable y venerado de la sociedad cubana no he de consultar con él la fórmula concreta del anatema que debe-mos fulminar contra los asesinos de la patria?

—¿Pues yo digo—exclamó el doctor Varona—que han sido malos, malos, malos, pero que el pueblo por ellos gobernado, ha sido peor.

Aun esa ingerencia de los Estados Unidos que la enmienda Platt autoriza, y que es nues-tra eterna y horrible pesadilla, estábamos en el deber todos los cubanos, de haberla eliminado de nuestra Carta fundamental por desuso, por innecesaria, por inútil ante nuestro civismo y virtud, y sin embargo: va ve usted que primero el Gobierno, cuando la reelección de Menocal y luego el Partido Liberal han dado autoridad, han reforzado con sus actos, la influencia que el anéndice constitucional puede ejercer en nuestros des-tinos...

—¿Y usted cree que Cuba puede resucitar?

—Si lo creo... tereza Varona.—“Yo no creo que los pueblos mueren. Y aquí hay un pueblo.

—Pero, si todo está corrom-pido ¿en quién tiene usted la es-peranza, Doctor?

La tengo en la juventud, que ahora surge, en la que ahora se levanta, en los jóvenes que con

usted luchan llevados del inte-rés y el sacrificio y con el ba-gaje de una preparación hon-rosa.

No tengo confianza ni en la vejez porque no puede, ni en esa juventud de arribistas poli-ticos sin preparación como no sea la de la desvergüenza y el cinismo. Pero en la otra juven-tud que ahora se prepara, en esa, sí... Esa es la que redi-mirá a nuestra patria.

La flor del amor a Cuba que en mi corazón tengo prendida desde que nació y que tiene un perfume de patriotismo que no muere, la planto yo, con mi ma-no de hombre honrado sobre el corazón de la juventud cubana para que exhale su aroma.

.....

¡Oh Patria, Patria mía!

¡Cuándo sonará el clarín gue-rrero!

¡Cuándo ordenarás a la ju-ventud que reconquiste tu gran-deza!

¡Cuando podré morir por tu madre bendita!

Pedro José COHUCELO
*Al triunfo
Mayo 15/921*

En Defensa del Gobierno de Menocal

Refutando unas Declaraciones del Señor Enrique José Varona

Ayer se nos facilitó en Palacio el siguiente escrito:

En una interview que aparece publicada el domingo último es el periódico liberal «El Triunfo» y que no ha sido aún rectificado, ni aún en ciertas expresiones que desdicen de la habitual moderación de la persona a quien se atribuyen, pónens, en labios del doctor Enrique José Varona, Vicepresidente de la República desde 1913 hasta 1917, conceptos lesivos de notoria injusticia para la dignidad política y el patriotismo acrisolado del Jefe del Estado. No entiendo éste ni puede nadie entender tratándose de persona tan ilustre y caracterizada como el doctor Varona, que puedan dejarse pasar en silencio tales inculpaciones, relegán-dolas al mismo desdén que cuando las vierten, por su propia cuenta, los de-tractores que a diario las repiten móv-dos por personales o agenas animosi-dades.

Después de condenar severamente, con amargas calificaciones, a todos los Gobiernos que han existido en el país, «a excepción del primer período de Estrada Palma», según afirma el articu-lista, dícese en la interview que el actual Gobierno «inició la dolorosa» orientación de dirigirse a Washington a pedir auxilio para que viniese a di-rimir nuestras contiendas políticas, sembrando la ignominiosa semilla de la intervención americana». Y añade: «La indigna actitud de ese Gobierno que por no contar con la mayoría para triunfar provoca una revolución y luego llama a los poderes extraños para que la sofocuen, dando poderes a aquel Mr. González para que conminara con la amenaza de su fuerza a una parte del pueblo de Cuba y el regocijo que ese Gobierno demostraba ante las pro-claimas ominosas del Ministro america-no, es un caso que no tiene precedente en la Historia».

Lo que no tiene probablemente mu-chos en la historia, es que semejantes especies se viertan sin otras pruebas que las declamaciones de los corifeos y prensa sectarios y de sus conmi-liones dentro y fuera del país.

No es cierto—y a quien otra cosa afirme le incumbiría probarlo alteran-do muy importantes capítulos de nues-tra Historia—que «la ignominiosa se-milla de la intervención» como se dice en la interview, se vertiera en 1916, puesto que ya en 1906, sin ir más le-jos, la habían vertido los mismos que de nuevo en 1916 y en 1919 y 1921 han insistido en iguales propósitos, obligan-do en el citado año de 1906 al señor Estrada Palma, «alto de elementos de fuerza, a poner los intereses fundamen-tales del país al amparo de los Estados Unidos, según consta por una corres-pondencia telegráfica harto conocida. No pidió el general Menocal la inter-vencción en 1917, ni antes ni después. Todo su esfuerzo, y el de su Gobierno—y comisionó al efecto como Enviado Especial en Washington, al Secretario de Estado—consistió en impedir que obtuvieran dicha intervención para ni-ras políticas, los mismos que en 1920 y 1921 han pugnado inútilmente tam-bién por conseguirla. No necesitó fuer-zas extrañas el general Menocal para sofocar la revolución de febrero, bas-tándole las de nuestro valiente Ejérci-to, que la quebrantaron y vencieron, sin que hubiese otra entrega a fuer-zas extranjeras que la de los suble-vados de Santiago de Cuba al capitán Knapps, de quien recibió la ciudad el jefe de las fuerzas locales destinadas a recuperarla. Por último, las notas del respetable Ministro de los Estados Unidos, Mr. William E. González, muy meditadas y medidas por las solas in-strucciones de su Gobierno, limitáron-se a declarar, una vez más, que la noble política de éste, lejos de apoyar rebel-iones y derribar presidentes, consis-tía en respetar y mantener los Go-biernos legítimamente constituidos; y no parece que el doctor Varona pueda negar ese carácter al que en febrero de 1916, gobernaba al país y en el que ocupaba él mismo tan alto puesto.

De la universal condenación que de todo y de todos se hace en la interview nada ha de decirse aquí. Es demasiado compleja la materia para abordarla en pocas líneas. Lo que importaba e im-porta al Honorable señor Presidente, es oponer la más enérgica repulsa a car-gos tan injustificados y que sólo mere-cen contestación por el nombre con que se escuden.

El Presidente de la República en-trega con plena confianza su vida pú-blica y privada desde su primera in-fancia, al juicio imparcial de todos y a la libre comparación con todas.

*Al mando
Mayo 18/921*